

El Cumpleaños: etnografía hermenéutica de una fiesta familiar en Ciudad Guayana

D'AUBETERRE ALVARADO LUIS ALBERTO

Centro de Investigaciones Antropológicas de Guayana (CIAG), Universidad Nacional
Experimental de Guayana (UNEG), Bolívar, Venezuela
Correo electrónico: ldaubete@gmail.com

Resumen

Este artículo forma parte de un estudio psico-socio-etnográfico mayor, cuyo objetivo es analizar comparativamente la fiesta familiar del cumpleaños (infantil-juvenil), su tradición y cambios recientes en ambos sectores de Ciudad Guayana (Puerto Ordaz/ San Félix), durante las dos últimas décadas, en relación con creencias familiares sobre el significado de sus prácticas, objetos y lugar de celebración.

Palabras Clave: fiesta, cumpleaños, etnografía, hermenéutica.

Birthday Celebration –The ethnographic hermeneutics of a family celebration in Ciudad Guayana, Venezuela

Abstrac

This paper is related to a bigger psycho-socio-ethnographical study, which aims is to analyze comparatively the birthday family's party for kids and teenagers: its tradition and recently changes occurred in both Ciudad Guayana's sectors (San Félix and Puerto Ordaz), during the two last decades. It is focused on familiar beliefs and meanings related on the birthday's practices, objects and place for this celebration.

Key Words: party, birthday, ethnography, hermeneutic.

Fecha de recepción: 15/02/2016 / Fecha de aceptación: 23/05/2016

Las fiestas constituyen un espacio-tiempo que rompe la monotonía rutinaria de la cotidianidad e instala condiciones para una celebración acompañada de ciertos actos rituales instituidos en un pueblo, colectivo o grupo humano. Es decir, la fiesta configura un conjunto sistémico de elementos materiales e inmateriales de cada cultura, gracias a los cuales se pone en escena, se juega o representa, una determina secuencia de hechos cargados de sentido semántico, con unos objetos rituales prescritos para ello, cierto tipo de vestuario y una determinada comida/bebida especialmente preparada para ser compartida durante la celebración. De esta manera, se relacionan elementos reales, simbólicos e imaginarios que forman parte del universo de representaciones y significaciones construidas colectivamente a lo largo de una historia, con una lengua y un lugar específicos, que reactualizan de manera cíclica un hecho trascendental en la vida de las personas, instalándose así el tiempo circular del mito y el orden de una re-presentación. En el caso de las fiestas paganas, el evento tiene que ver con hitos importantes en la vida colectiva e intersubjetiva de un pueblo.

Tal como señala Homobono (2004), desde Marcel Mauss la fiesta se ha definido como un hecho social total: una celebración cíclica, repetitiva, de expresión ritual y vehículo simbólico, que contribuye a significar el tiempo y a demarcar el espacio (individual, familiar, grupal, local, nacional). La fiesta supone, además, relaciones complejas (dialécticas/paradójicas), entre: sagrado/profano, ceremonial/lúdico, institucionalidad/espontaneidad, liturgia/diversión, trasgresión/orden, formalidad/convivialidad, público/individual.

I. La Fiesta de Cumpleaños: breve historiografía

Los orígenes de la fiesta de cumpleaños estarían en el antiguo Egipto de los faraones (>3000 años a.C.). Según Callejo (2012), se trataba de un ritual pagano de protección para el faraón el día de su nacimiento, mediante la celebración de una fiesta fastuosa, exclusiva de la realeza masculina, considerándose indigna para las clases bajas y menos aún para mujeres. Esta costumbre fue adoptada en la antigua Grecia, donde cada mes se celebraba fiestas de cumpleaños de los dioses griegos.

En el siglo I A.C., Filocoro relata que los adoradores de Artemisa, diosa de la luna y de la caza, celebraban su fiesta de cumpleaños el sexto día de cada mes, preparando una gran torta hecha con harina y miel, re-

alzada con velas encendidas (fuego ritual). Este ritual de adoración de los dioses fue progresivamente utilizado para festejar el nacimiento de héroes, nobles y aristócratas griegos: sólo los hombres se asociaban para festejar sus cumpleaños. Se creía que toda persona al nacer, tenía un espíritu protector (*daemon*), que cuidaba de ella durante toda su vida y tenía una relación mística con el dios que regía el día del nacimiento.

El Imperio Romano, profundamente influenciado por la cultura helénica, asimiló e instauró la fiesta del cumpleaños para celebrar el nacimiento de personajes oficiales importantes como festividades nacionales. La instauración del Cristianismo como religión oficial del Imperio Romano conllevó al cese de esta práctica pagana por considerarse impía; en cambio se inició la celebración anual de los días de la muerte de los santos cristianos, convirtiéndose en festividades sacras de la Iglesia Católica.

Fue en el siglo IV, cuando el Papa Julius I, mediante la encíclica *Natalis Solis Invicti*, instauró la celebración del nacimiento de Cristo, el 25 de diciembre, dando origen a las Fiestas de Navidad actuales. En la Europa medieval del siglo XII, las parroquias registraban los nacimientos de sus habitantes y las familias celebraban anualmente tales fechas. La costumbre de la torta de cumpleaños de la antigua Grecia, resurgió entre los campesinos de la Alemania medieval, mediante la celebración de una *Kinderfeste*: esta sería el inicio de las fiestas infantiles de cumpleaños que comenzaban al amanecer: el niño agasajado era despertado con una torta con velas encendidas que se cambiaban y se mantenían prendidas todo el día, hasta después de comerse el pastel en familia. El número de velas era igual al de los años que cumplía el niño, más una, que representaba la “luz de la vida”. Sin embargo, durante la Modernidad, tardíamente se mantuvo la creencia antigua de que era indigno festejar el cumpleaños de mujeres y niños (exceptuando reyes, nobles y aristócratas), solamente se celebraba la fiesta de cumpleaños del jefe de familia con un banquete (Callejo, 2012; Miller, 2012).

II. El Cumpleaños en Venezuela

Entre las fiestas familiares que anualmente festejan los venezolanos, se encuentra la celebración del cumpleaños. Esta forma parte tanto del ámbito familiar cuanto de la socialización vecinal-comunitaria que, año tras año, permite celebrar entre familiares, amigos, vecinos y allegados la fecha de nacimiento de un miembro de la familia extendida o nuclear.

El cumpleaños, hoy particularmente festejado en los años infantiles y juveniles (aunque también en la adultez), ha tenido cambios importantes. A finales del siglo XIX y principios del XX, el cumpleaños no se festejaba anualmente y ello sólo ocurría entre familias acaudaladas, en las cuales madres, hijos, tíos, abuelas, padrinos, amigos y hasta vecinos muy cercanos, participaban en los preparativos y la confección culinaria tanto de la torta, los dulces que la acompañan (quesillo, bienmesabe, dulce de coco, dulce de lechosa o gelatina, etc.), como de los pasapalos (aceitunas y encurtidos, picadillo de carne, arepitas fritas, sándwiches, bollitos de chicharrón, ensalada de gallina, empanaditas surtidas, salchichas, tequeños, etc.), aderezados con diversas salsas, como también de las bebidas alcohólicas o fermentadas caseras (guarapita, ponsigúe, miaos, chicha andina, ponche crema), además de ron, whisky, champaña, cerveza, vino, etc. Igualmente, algunos miembros de la familia se encargaban de confeccionar la piñata, las bambalinas y adornos de papel de colores que decorarían la casa y el patio.

Es a partir de la segunda mitad del siglo XX que la fiesta de cumpleaños se ha convertido en una celebración familiar popular, gracias a la modernización urbana del país. Junto a la transformación socio-demográfica y político-económica de las ciudades venezolanas, el crecimiento industrial y comercial del país, el incremento significativo del PIB (Producto Interno Bruto) y de la capacidad de consumo de los habitantes, entre los cambios culturales ocurridos durante los años 1950-1960, rápidamente la fiesta de cumpleaños se fue popularizando entre las familias venezolanas, celebrándose de acuerdo con sus posibilidades económicas. Entonces, los cumpleaños se festejaban con baile y música popular muy variada (merengues, paso-dobles, salsa, guaracha, rancheras, baladas, cumbias y luego twist, baladas, rock, pop, música “disco”, etc.).

Desde finales del siglo XX, los padres comenzaron a confeccionar un ambiente sonoro-musical de “música infantil” especialmente dedicado a los niños pequeños (1-10 años de edad, aproximadamente), mientras que los adolescentes prefieren crear su propio ambiente sonoro en función de la música juvenil de moda entre su grupo etario. Ello ha supuesto una progresiva segmentación musical y del baile de acuerdo al “gusto” y criterios del segmento generacional/de mercado correspondiente, que ha alterado ciertos aspectos del ritual de esta reciente tradición festiva familiar en la que niños, jóvenes y adultos parecían cohabitar en un mundo más incluyente,

menos compartimentado donde se entremezclaban y comunicaban de otra forma, distinta a la actual.

En ciudades pequeñas y pueblos del interior del país, en los cumpleaños participaban conjuntos musicales criollos o una parranda del mismo pueblo, cuadra o vecindad. En la segunda mitad del s. XX, con la acelerada “tecnologización” doméstico-familiar venezolana y la llegada del tocadiscos, luego, de los equipos de sonido, la “músicalización” del cumpleaños se haría con los discos/CD’s bailables de moda, preferidos de la familia, del cumpleaños y los convidados a la fiesta.

Usualmente, a los cumpleaños asiste la familia cercana, algunos vecinos, amigos de la familia, o bien compañeros preferidos de la escuela, liceo o universidad del cumpleaños. En la fiesta de cumpleaños infantil/juvenil hay dos grandes momentos que constituyen rituales socialmente instituidos como tradición pagana para celebrar en familia y con amigos, la fecha aniversario del nacimiento: “tumbar la piñata” y, luego de un cierto tiempo variable, “picar la torta”. Todo esto constituye parte de este jolgorio familiar celebrado por los venezolanos.

III. Breve historiografía de la Piñata

La primera referencia a la “pignatta” la hizo Marco Polo a finales del siglo XIII, en su libro “Los Viajes de Marco Polo”, publicado en 1293. Esta es originaria de China y era utilizada como parte de un ritual agrario de fecundidad para las celebraciones de Año Nuevo, que coincidían con el comienzo de la primavera. Las piñatas eran objetos rituales que tenían formas huecas de vacas/bueyes y se llenaban con cinco tipos de semillas, decorándose vistosamente con papeles de colores, para atraer buen clima y buenos augurios para las cosechas del Año Nuevo. Luego de romperlas con un palo de madera, se quemaban y sus cenizas se repartían, creyendo que traerían buena suerte todo el año (Devlin, 2007).

La piñata se adoptó y “re-semantizó” en la Europa medieval cristiana, cambiando de forma: una estrella con siete picos, cada uno representando uno de los siete pecados capitales, usándose en la fiesta de Cuaresma. El nuevo significado religioso era la lucha del hombre contra las pasiones. Los colores atractivos de la piñata significaban la tentación del demonio para cautivar al hombre; el palo para golpear hasta romperla simbolizaba la fe cristiana para destruir el mal de las pasiones. Para romper la piñata se vendaba los ojos puesto que sólo la fe guía las buenas acciones.

En el siglo XVI, los misioneros españoles, encargados de evangelizar a los indígenas del Nuevo Mundo, descubrieron que los Aztecas tenían una fiesta empleando una olla de barro llena de dulces que rompían para celebrar al dios *Huitzilopochtli* y decidieron emplear las piñatas para atraerlos y evangelizarlos: transformaron la olla de barro cubriéndola con papeles de colores, dándole un aspecto impresionante, atractivo y novedoso. Este sería el origen, en México, de las Posadas (o Misas de Aguinaldo), celebradas días antes de la Navidad.

La sociedad colonial mestiza mexicana progresivamente adoptó las piñatas para otras fiestas paganas, popularizándose su uso en la celebración de Navidad y luego, en la fiesta de cumpleaños, extendiéndose su uso allende las fronteras mexicanas a lo largo de seis siglos de historia y de sincretismo cultural (Devlin, 2007).

En Venezuela, “tumbar la piñata” constituye uno de los momentos más álgidos del protocolo ritual de la fiesta de cumpleaños infantil, cargado de gran emoción y expectativa que explota en bulliciosa algarabía de todos los invitados. Si bien hoy la mayoría de los padres compra las piñatas de sus hijos, tradicionalmente, la familia venezolana prestaba mucha atención y esmero a su confección. Anteriormente, en los pueblos y caseríos rurales era hecha con una tapara grande, si no, empleando cajas de cartón recortadas o cartón corrugado, imprimiéndole formas geométricas sencillas (circunferencia, cuadrado, rombo) o la del número de los años cumplidos.

La piñata se decora con papeles multicolores cortados y encolados en forma de encajes, o con secuencias de formas simples superpuestas y combinadas. Desde finales del siglo XX, las piñatas tienen una gran variedad de formas y motivos: muñeca, casa, pollito, barco, personaje o super-héroe de películas de cine y TV, etc. Así mismo, el espacio familiar dedicado al cumpleaños, suele decorarse con bambalinas, banderines y globos de colores, tal como se muestra en la descripción etnográfica siguiente.

IV. Escena 1: preparativos de una Fiesta de cumpleaños en Puerto Ordaz (año 2002)

Carlitos hoy cumple siete años. Es un chico moreno de tez clara, ojos oscuros, contextura delgada, espontáneo, abierto, muy afectuoso, bastante inquieto y activo, que expresa sin mayores inconvenientes sus ideas, hace muchas preguntas y mantiene con sus amiguitos una comunicación amistosa,

al igual que con los adultos, con quienes habla sin inconvenientes cada vez que se requiere. Sus padres, Carlos y Rosa, son profesionales, clase media, adultos entre 30-40 años. Ambos trabajan: él en una Empresa Básica y ella en una universidad local. Viven en un apartamento bastante amplio de Alta Vista Sur. Allí es donde celebran esta fiesta de cumpleaños y donde siempre han celebrado los cumpleaños de sus dos hijos: Carlitos y Carolina (tres años menor que su hermano). En esta oportunidad, como en años anteriores, el papá y la mamá compraron una piñata que representa el personaje de cine preferido de Carlitos, el “Hombre Araña” (*Spiderman*), y compraron todos los elementos de la piñata, es decir: chupetas, caramelos, chicles, juguetes surtidos de plástico, etc., en una de las piñaterías de San Félix, que vende estos productos. La torta la hizo una de las tías maternas de Carlitos: es de chocolate, grande, como para unas 20-25 personas.

Como Rosa y Carlos tienen experiencia en celebrar los cumpleaños de sus hijos, compraron “el combo del Hombre Araña”, es decir: servilletas, vasos, platos y mantel plásticos desechables junto con las invitaciones, impresas -“¡con el mismo personaje de la piñata, para que combine todo!”-, junto con globos de colores y bambalinas para decorar el departamento, la sala-comedor, el balcón y el corredor. Han ambientado el apartamento quitando los muebles y colocando sillas pequeñas para niños, banquitos, con bambalinas y globos de colores surtidos que cuelgan del techo cayendo al piso: hay un pequeño escrito suspendido, en letras de colores que dice: “Feliz Cumpleaños Carlitos”.

La preparación de esta fiesta infantil se ha venido haciendo desde hace un mes aproximadamente, los padres hicieron las compras tras preguntar a su hijo cómo quería celebrar su cumpleaños. Buena parte de la familia se involucró en la preparación de este evento: las tías y la abuela maternas, los padres y sus hijos (la familia paterna vive lejos, en Occidente). Entre Carlitos y su mamá hicieron la lista de los amiguitos, primos, vecinos y compañeros de clase, que serían invitados, y compraron las tarjetas de invitación que usualmente se entrega a quienes vendrán a la fiesta.

Resuelto lo de la piñata ya comprada, entonces, el fin de semana anterior a la celebración, toda la familia (papá, mamá y los dos hermanitos) procedió a llenar la piñata con su contenido y llenaron los “cotillones”: unas bolsitas plásticas con el mismo motivo de la piñata, dentro de las cuales se coloca parte de lo que va en la piñata: chucherías (caramelos, chicles, chu-

petas) y otros jugueticos, especiales para el cotillón. Rosa explica que para la preparación de los cotillones hay que diferenciar el género: hay presentes para “los varones con: peloticas, carritos, soldaditos, caballos, vaqueros, etc., y para las hembras les pones muñequitas, cocinitas, ollitas, y esas cosas. Aunque también, últimamente, a veces se hace cotillones “unisex”. Toda esta preparación se hizo con mucha emoción por parte de los niños y sus padres. Rosa también se encargó de la preparación de los platillos que están dispuestos en la mesa, para servirse junto con la torta después de haberla cortado: una colorida gelatina de sabores artificiales y un quesillo casero.

V. Escena 2: comienza la fiesta

Muchos padres de los niños invitados a la fiesta de Carlitos, dejan a sus hijos y se van para luego venir a buscarlos después de terminada la fiesta. Tan sólo algunos de ellos son conocidos o amigos de los padres del cumpleaños y se quedan para compartir la celebración de este cumpleaños. Tal como lo indica la tarjeta de invitación del “Hombre Araña”, la fiesta se inició cerca de las 5:30 de la tarde para concluir a las 8:30 de la noche¹. Los padres de Carlitos previeron una serie de CD’s con música infantil y música “pop” juvenil que “a los niños también les gusta”, para amenizar y crear un ambiente musical apropiado para esta fiesta.

La piñata fue colocada en medio de la sala-comedor, un espacio relativamente amplio: quitaron una lámpara colgante y en lugar de ella, ubicaron la piñata amarrada con un mecate que se deslizaba por la horquilla donde estaba suspendida la lámpara; el mecate tenso estaba amarrado a la perilla de la puerta del balcón del apartamento. Se invitaron a 15 niños: siete varones y ocho hembras. Algunos eran vecinos del conjunto residencial en el cual vive esta familia, eran compañeros de juego de Carlitos; otros eran compañeros de clase del colegio privado en el cual estudia y dos primos con los cuales siempre sale, juega y se divierte. Los niños tienden a dividirse en pequeños grupos de 3-4, de acuerdo con sus afinidades o si ya se conocen; Carlitos interactúa con todos los grupos, habla y juega con ellos un rato, los lleva a su cuarto mostrándoles sus juguetes, se nota muy emocionado, contento por el ambiente de su fiesta. Cada vez que llega alguno de sus invitados, lo recibe con alegría y saluda en la puerta: sistemáticamente, cada uno le entrega un regalo (“¡Toma Carlitos, te traje un regalo!”), que el cumpleaños siempre agradece, tomándolo sin abrirlo e invitando a su

amiguito a entrar, lo lleva a su cuarto para colocar el regalo junto con los otros que le han obsequiado. En este rápido intercambio de palabras, gestos y conductas, se despliega todo un protocolo de cortesía social que los niños han ido aprendiendo a ejecutar “naturalmente” y que los padres y adultos presentes observan a cierta distancia, mostrando satisfacción en sus rostros.

En general hay mucha alegría, emoción y gritería infantil. Rosa organizó un juego tradicional: “pegar la cola al burro”. Se trata de un burro pintado con colores vivos, como de un metro de alto por uno y medio metro de largo, que Carlitos y su madre recortaron en anime y colgaron en una de las paredes de la sala. El juego consiste en lo siguiente: se hacen dos filas y se venda los ojos de cada niño, que debe tomar la cola del burro con una mano, se le da unas dos vueltas para desorientarlo y luego, siguiendo las indicaciones gritadas de los demás niños, trata a tontas y a locas, de pegar correctamente la cola al burro. Al pegar la cola a la figura de anime, el niño se quita la venda y, acompañado de risas, gritos y aplausos, observa qué tan cerca o lejos pegó la cola del burro. Este juego dura más de media hora, durante la cual hubo mucha algarabía infantil. Al final, se entrega un premio para la niña y el niño que lograron pegar la cola más cerca del lugar correcto: se prende el equipo de sonido con música “pop” alegre y nuevamente se reparte refrescos a los sedientos niños que no paraban de hacer comentarios y chistes sobre la manera como unos y otros habían jugado. A todas estas, casi todos los adultos que nos encontrábamos presentes, estuvimos participando como “observadores”, divertidos por las ocurrencias de los muchachos durante este juego; aunque muy a menudo, mujeres y hombres también gritaban al unísono junto con los niños, aupando al niño que estuviese pegándole la cola al burro. Todo esto, como un anticipo lúdico antes de tumbar la piñata.

Más o menos a las 6:30 de la tarde, hacía calor en el apartamento: muchos de los niños estaban en el cuarto de Carlitos jugando juegos electrónicos en un Nintendo, mientras que las niñas veían una película infantil en el cuarto de los padres del cumpleaños, ambas habitaciones tenían aire acondicionado. El cuarto de Carlitos es muy colorido, con afiches, libros, una cama litera debajo de la cual tiene una mesita con silla y una biblioteca con libros de cuentos, un televisor mediano con Nintendo. Hay dibujos infantiles dibujados por él en la pared, con juguetes por doquier, un closet con su ropa y hoy está adornado con globos de colores y serpentinas por ser su día de cumpleaños.

Los adultos estábamos en la sala y balcón, conversando sobre los hijos, contando anécdotas de colegios o recuerdos de otros cumpleaños; casi todos tomando algún coctel, cerveza o whisky. El ambiente era agradable, divertido, cordial, platicando entre amigos y familiares. El padre de Carlitos, comentó: “Eso de alquilar un salón de fiestas o un McDonald’s, no me gusta. Es muy frío y fuera de la casa. Preferimos hacerlo en familia, con los primos de Carlitos y sus compañeritos de colegio. Además, ¡sale menos caro!”. Con lo cual coincidieron muchos de los padres y madres que participaban en la conversación. Sin embargo, una de las invitadas, Carmen (amiga de la madre de Carlitos, vecina del edificio y madre de dos niñas invitadas) opinó lo contrario: “¡Ay, no, mi amor! ¡Yo prefiero alquilar la sala del Mc Donald’s, allí se ocupan de todo: si quieres también te hacen la torta y la gelatina; te maquillan a los chamos, hay una o dos payasitas, los chamos se montan en los juegos, la pasan súper bien y todo está resuelto en tres horas! ¡Y no tienes que estar limpiando el zaperoco de casa que te queda después de la fiesta!”.

En general, hubo risas, comentarios por y en contra, aunque pareció privar la preferencia por celebrar el cumpleaños en casa. Mientras tanto, los niños han estado jugando y divirtiéndose en los cuartos, se los oye reír y gritar de vez en cuando y entonces el padre o la madre de Carlitos van “a ver cómo está todo por allá”.

VI. Escena 3: la piñata

A eso de las 7:30 de la noche, la madre de Carlitos anuncia que van a tumbar al “Hombre Araña”, el cual ha estado apaciblemente colgado en medio de la sala-comedor. Los niños son llamados y salen de los cuartos corriendo, empujándose, gritando alborotados por la emoción y entonces, cuando están todos alrededor del “Hombre Araña”, el padre de Carlitos, montado en una silla agarrando la piñata, les da algunas instrucciones (que probablemente ya conocen): “¡Los chamos y las chamas deben hacer una fila... , Rosa les va a tapar los ojos y les va a dar el palo para que le den a la piñata!”. Inicia el cumpleañosero la ronda de palos: el padre se encarga de subir y bajar la piñata, balanceándola un poco para hacer más difícil acertar el golpe, mientras que los niños exclaman: “¡arriba, abajo, al lado, atrás!... ¡Dale duro!”. Carlitos, entusiasmado por los otros niños, trataba de golpear la piñata con todas sus fuerzas, logrando darle unos cuantos golpes que estremecieron al “Hombre Araña”, sacándole algunos pedazos de papel rojo. Al cabo de algunos minutos, enseguida se alternaron niños

y niñas, comenzando por los más pequeños. Cada vez se repiten los mismos gritos y consignas para entusiasmar o retar al que tiene el palo, a veces dándole falsos indicios. Todos los niños tuvieron su turno para golpear la piñata; hubo unos que iban con muchas ganas de tumbarla, logrando sacarle parte de una pierna y un brazo. En una ocasión, uno de los varones más grandes casi aporrea a otro pequeño, pero intervino una de las señoras presentes, evitando el golpe. En cambio, varios de los niños pequeños apenas si pudieron rozar suavemente la piñata. En general, todos los niños estuvieron muy entusiasmados con este juego.

Finalmente, el tío de Carlitos se puso de acuerdo con su papá para abrir la piñata que aún resistía, avisándoles a los niños para que estuvieran atentos. Se montó en una silla y apenas abrió la panza del “Hombre Araña”, los niños se abalanzaron al piso para recoger las golosinas y juguetes que iban cayendo desde arriba; unos a brazadas, otros metiendo en sus bolsillos lo que agarraban, dos niñas con bolsas plásticas: inclusive, algunas madres también se metían en este bululú festivo de alegre rebatiña. Suerte de batalla infantil para atesorar los presentes y golosinas de la piñata. En cuestión de quince minutos la situación fue calmándose; algunos niños pedían a la mamá de Carlitos: “¿Señora, señora, una bolsa para guardar los jugueticos!”. Mientras tanto, el padre descolgó la piñata y la guardó en su cuarto. A su regreso, prendió nuevamente el equipo de sonido y la música infantil invadió el espacio familiar², reforzando el ambiente alegre de la fiesta, al tiempo que la madre de Carlitos y sus tías, repartían agua o refrescos a los niños sedientos y agitados, que ahora se mostraban entre ellos o a sus padres, los juguetes y chucherías que habían agarrado.

Los adultos retomaron sus conversaciones y hubo como un momento de “paz”, luego del bullicio agitado de la tumbada de piñata. A lo largo de la fiesta se habían repartido tequeños, pequeños sándwiches, maníes, pepitos, chips, albóndigas, pequeñas empanaditas, cuadritos de queso y jamón y bebidas alcohólicas para los pocos adultos que estamos en la fiesta tomando cerveza, whisky, ron, vino o refresco.

VII. Escena 4: “¡A picar la torta...!”

A las 8:15 de la noche, la madre de Carlitos anuncia que van a “cantarle el cumpleaños y a picarle la torta a Carlitos”, pidiéndoles a los niños que fuesen alrededor de la mesa del comedor, donde ya estaba dispuesta, en el centro, la redonda torta grande de chocolate, adornada con trozos del-

gados e irregulares de chocolate recortados en forma hojuelas, dos círculos concéntricos oscuros, siete velitas y, escrito en letras blancas cursivas: “Feliz Cumpleaños Carlitos”. Igualmente estaban dispuestos: la gelatina de colores, el queso, los platicos, las cucharillas y el cuchillo para cortar la torta. Todos los niños se instalaron alrededor de la mesa, Carlitos en medio de sus padres y su hermanita, varios adultos tomaban fotos. El padre prendió las siete velitas del cumpleaños y se comenzó a cantar la “versión larga” de la canción de cumpleaños que todos conocíamos de memoria, cuya letra es:

*“¡Ay qué noche tan preciosa
esta noche de tus días
toda llena de alegría
en esta fecha natal
tus más íntimos amigos
esta noche te acompañan
te saludan y desean
un mundo de felicidad!*

*“¡Yo por mi parte deseo
lleno de luz este día
todo lleno de alegría
en esta fecha natal
y que esta luna plateada
brille su luz para ti
y ruego a Dios porque pases
un Cumpleaños feliz!*

(Compuesta por el venezolano Luis Cruz, guitarrista del cuarteto Los Naipes, en los años 1960).

A lo cual siguió inmediatamente, apenas con un silencio, la canción tradicional del cumpleaños en diversos países occidentales:

*“¡Cumpleaños feliz
te deseamos a ti
cumpleaños Carlitos
Cumpleaños feliz!”*

(Compuesta en inglés por las maestras estadounidenses, Patty y Mildred Hill, en 1893).

En general, todos cantaban más o menos afinados, unos y otros se veían las caras, algunos niños, pícaramente, se hacían gestos cómicos riendo. Al concluir la canción se produjo un breve silencio expectante, como si algo importante fuese a ocurrir. Los padres de Carlitos le dijeron, casi al unísono: “¡Pide un deseo: no lo digas! ¡Y apaga todas las velitas de un solo golpe!...”. El niño, sonriente, vio rápidamente a ambos padres y sopló con fuerza, apagando todas las velitas. Todos los asistentes aplaudieron, algunos tomaron fotos, otros gritaban palabras de aliento (“¡bien!”, “¡eso!”, “¡felicidades!”...) y los padres del cumpleaños lo abrazaron y besaron fuerte y efusivamente.

Seguidamente, la madre guió la pequeña mano de su hijo para “picar la torta”; la abuela, tías y amigos de la familia también expresaron su afecto y felicitaciones al homenajeado, mientras su madre terminaba de cortar los pedazos de torta. Algunos de los niños se quedaron alrededor de la mesa observando cómo la madre de Carlitos y sus tías terminaban de cortar la torta, el quesillo y la gelatina de colores, para servir las raciones en los respectivos platos desechables que fueron repartidos de inmediato. Carlitos se mostraba muy contento con todo lo que ocurría. Se dijo a los niños de sentarse para comerse su torta. El tiempo fue transcurriendo: casi a las 9 de la noche, comenzaron a llegar los padres de los compañeros de colegio de Carlitos. Todos saludaban a los padres del cumpleaños, mientras llamaban a su hijo(a) y, antes de irse, la mamá de Carlitos les entregaba un “cotillón”, como último presente que el cumpleaños regala a sus convidados. En dos ocasiones, la madre del niño invitado aceptó pasar y “comerse un pedacito de torta”, una de ellas disculpándose por estar apurada pues la esperaban en el carro.

Poco a poco fueron quedando los vecinos y familiares de Carlitos y, cerca de la 9:30 de la noche, casi todos los niños y adultos se habían ido, quedando tan sólo los primos, las tías, la abuela y el relator de esta fiesta. “La casa” (el apartamento donde vive la familia de Carlitos) quedó bastante desordenada, con papeles, servilletas, vasos, dulces y platos con restos de comida, regados por aquí y por allá. Los padres y familiares (y también el relator) comenzamos a recoger todos los desechos haciendo comentarios y contando anécdotas de lo ocurrido durante la fiesta. Los padres se mostraban satisfechos, aunque también se notaban bastante cansados. Ya recogido el

apartamento, a eso de las diez de la noche nos despedimos todos y se dio por concluida esta celebración familiar del cumpleaños de Carlitos.

VIII. Algunas interpretaciones posibles de la fiesta de cumpleaños

Si bien en la fiesta de cumpleaños, esencialmente hay dos importantes objetos simbólicos (torta y piñata), alrededor de los cuales se han constituido rituales percibidos como una tradición familiar muy común de celebración con amigos, del aniversario del nacimiento de un ser querido. No obstante, dicha fiesta implica un protocolo con una secuencia de momentos-escenas cargados de valor simbólico, a saber: entrega del “regalo de cumpleaños” (juegos/tertulia acompañados de pasapalos y bebidas), “tumbar la piñata” (nuevamente seguido de juegos/ tertulia, acompañados de pasapalos y bebidas); después de un tiempo variable (entre media hora y una o más horas), “cantar el cumpleaños” en grupo alrededor de la torta, “pedir un deseo” (por parte del cumpleañosero), “soplar todas las velitas” (por parte del cumpleañosero), “picar la torta” (por parte del cumpleañosero, madre o familiar femenino muy cercano), repartir la torta (por parte del cumpleañosero, madre o familiar femenino muy cercano) y “comer la torta” en familia/grupo de amigos (en algunas fiestas se continua con juegos/tertulia, acompañados de pasapalos y bebidas) y, finalmente, concluir la fiesta. Siguiendo esta secuencia y sin pretender exhaustividad, se procede a un ejercicio interpretativo de estos actos-escenas del ritual.

Entregar el “regalo de cumpleaños”

La entrega del “regalo de cumpleaños” que los invitados ofrecen al cumpleañosero, se corresponde con los presentes que este les obsequia a lo largo de la fiesta. Se trata de un intercambio de regalos que ocurre en los cumpleaños (infantiles/juveniles), que pareciere re-actualizar en la sociedad venezolana contemporánea las prácticas del don y contra-don de los pueblos tradicionales ágrafos, descritas por Marcel Mauss (1923-1924) en su clásico ensayo sobre el *Potlach*, instituido en diversos pueblos originarios de América del Norte y Oceanía, ampliamente reportados en la literatura etnográfica especializada de principios del siglo XX (Baldwin, 1914; Boas, 1914, entre otros).

La entrega del regalo de cumpleaños al homenajeado se plantearía como una obligación social para el invitado (que a veces pone en aprietos

económicos a sus padres), tanto como es obligatorio para el cumpleaños y su familia ofrecer diversos presentes, bebida y platillos especiales, juguetes, dulces, etc., pero también: juegos, música, baile, diversión, etc., para ser consumidos y compartidos por todos los invitados durante las distintas fases rituales de la fiesta de cumpleaños. Si bien en todo este intercambio de objetos reales, simbólicos e imaginarios entre invitados y homenajeado hay reglas y convenciones de uso que configuran un protocolo consistente, sin embargo, tanto adultos como adolescentes desconocen o no tienen consciencia de su significado, experimentándolo como “una tradición familiar importante” de la cual no pueden ofrecer mayores explicaciones: “¡eso es lo que se hace!”, “¡es como debe ser!”, “¡así es la costumbre!”...

“¿A tumbar la piñata”!...

Antes que nada, surge una pregunta: ¿qué es el nacimiento? Se podría decir que el nacimiento es un evento biológico de transición de una condición vital a otra, en el cual el feto se convierte en bebé, *neo-nato*³. Aquella vida que durante tantos meses fue gestándose en el vientre de la madre, en un medio líquido, cuya existencia osmótica era percibida por el resto de la familia y de la comunidad por esa forma redondeada de “la barriga” de la madre; en el nacimiento se “hace aguas”, se desinfla, se vacía y de allí surge un nuevo ser diferenciado, individual, tras cortar el cordón umbilical: esa dependencia psico-fisiológica con su madre.

Simbólicamente (metafórica y metonímicamente), tanto la piñata como la torta de cumpleaños, representarían la redondez de ese bulto de vida, esa celebrada “barriga”: el vientre inflado materno. Consecuentemente, “tumbar la piñata” re-formularía de manera redundante el mismo sentido metafórico de “picar la torta”; es decir, este acto-escena sería una re-presentación simbólica del nacimiento del cumpleaños. Independientemente de la forma particular que esta tenga (personaje de *comics*, superhéroe, cifra de años cumplidos, forma geométrica, princesa, caballo, barco, etc.), la piñata es un objeto ritual, contenedor hueco (metáfora del útero-vientre-“barriga” materno), algo que contiene un objeto de deseo: cosas “dulces”, “bonitas”, “ricas”, golosinas, apreciadas por los niños e invitados a la fiesta. Y el ritual de romper la piñata sería un equivalente simbólico (metafórico), de apertura y expulsión visceral/uterina de ese feto que viene a convertirse en bebé, hijo(a), niño(a), individuo/persona.

Por otra parte, existiría una relación simbólica entre el tapar/destapar los ojos de los niños antes y después de “darle palos a la piñata” con respecto a la “luz” que podría interpretarse como la expresión metafórica de “dar a luz”, que equivale a “parir”. En este caso, la celebración festiva de ese “dar a luz” simbólico, se transforma en la rotura/abertura del cuerpo de la piñata para vaciar de presentes/obsequios los regalos, juguetes, chupetas, caramelos, etc., que se ofrecen y comparten para ser comidos, disfrutados, compartidos, en este festejo familiar, profano, emotivo, mundano, cargado de afectividad (regocijo, alegría, felicidad, remembranzas nostálgicas).

En suma, interpretamos que “tumbar la piñata”, con todo su juego de violencia, golpes y ruptura que permiten lanzar al exterior su contenido de obsequios y golosinas, reactualizaría la representación ritual del nacimiento del cumpleaños en tanto celebración de vida y alejamiento-protección de la muerte⁴.

Cantar el “Cumpleaños Feliz”

Este es otro de los rituales que contempla la fiesta de cumpleaños. Sumamente importante porque hace que la polifonía de voces de los convidados entone una suerte de himno que, al mismo tiempo sería un cántico-oración. Como si fuese un Rosario, el “Cumpleaños Feliz” eleva al aire (Cielo-Dios) el deseo porque haya felicidad para el cumpleaños y que este tenga dicha, amor, alegría en el mundo en que le toca vivir. Y se unen en coro, cual plegaria, todas las voces de la manera más armónica posible y se reitera (como en las oraciones), tres frases muy simples, sin complejidad que sencillamente reiteran al cielo (Dios) el deseo de felicidad para el cumpleaños. La canción de cumpleaños sería, entonces, una oración sencilla que pide felicidad para el amigo, hijo, compañero, amigo del cual se festeja la fecha de nacimiento.

“Pedir un deseo”

En esta misma lógica del ritual, el acto de pedir un deseo antes de “apagar las velitas”, supone también una pequeña oración/plegaria personal, íntima, individualizada, en silencio, “pidiendo al cielo” (a Dios), que algo deseado se haga realidad. Una “verdad obvia” del sentido común local es que “si pides un deseo con mucha fe, se te dará”. Esta es una práctica social común de la religiosidad popular, algo que a menudo ocurre en el venezolano creyente, invocando una virgen o santo, “ánima” o espíritu de preferencia

(María Lionza, Negro Felipe, etc.), o también a Dios. Ello sería la expresión viva del deseo del cumpleañosero que, al ser festejado, eleva una solicitud, suerte de ingenua plegaria mundana al Altísimo para que se cumpla su deseo.

“Apagar las velitas”

Apagar las velitas de un sólo soplo es un acto simbólico, metafísico, que se conecta con una diada de opuestos que a menudo está relacionada con actos rituales muy diversos. Interpretamos que la “luz” en tanto representación simbólica de la vida en la tradición cristiana, sería expresión metafórica de lo sagrado (fuego divino, espíritu-esencia, deidad, bien, Altísimo, Dios), evoca también el regalo que el Creador habría dado a su criatura: esencia eterna de vida, alma inmortal. Frente a la luz está la oscuridad, su opuesto (tinieblas, sombra, mal, muerte). Así las cosas, apagar todas las velitas con el soplo personal (alma, hálito de vida del cumpleañosero), supondría experimentar el dominio de ese poder divino delegado en la “criatura” que hoy festeja su cumpleaños. Y luego de expresar su deseo, al apagar la luz de las velas (a sabiendas que se “ha dado a luz” a un niño), el cumpleañosero se la apropiaría, la haría suya: es el mágico reto de la vida convocada *hic et nunc* y la continuidad que nos asegura este ritual que debe ser celebrado cada año, para resguardar la luz interior que sólo se apaga cuando cesa la vida terrenal y se instala la obscuridad/muerte. Entonces, simultáneamente, al apropiarse de la luz, el cumpleañosero con su soplo convoca y aleja la obscuridad de la muerte. Siendo una celebración de vida y no de muerte, esta lucha metafórica de opuestos: vida victoriosa (luz encendida de las velitas de la torta) y muerte vencida (oscuridad al apagar las velas), se expresaría con el griterío entusiasta que supone la continuación de la celebración de la fiesta de cumpleaños, en el acto-escena siguiente: “picar la torta”. En este protocolo de celebración de la vida, habría una secuencia ritual respetada, en la cual cada momento-acto tiene una pauta y significación que implica encadenamientos semánticos que vinculan el mundo terrenal (humanos vivos), con el de arriba (espíritus santos, ángeles), y el mundo de abajo (muertos, espíritus de la oscuridad), todos ellos hechos por el Creador.

Sobre “picar la torta”

Como se indicó más arriba, “picar la torta” sería otra representación metafórica, otra puesta en escena simbólica del nacimiento del cumpleañosero,

en el cual la redondez ideal de la torta de cumpleaños, simbólicamente, representa la “redondez” de la barriga preñada que contiene al feto, la cual debe ser vaciada de su contenido vital. Al igual que en el ritual de “tumbar la piñata”, en el ritual festivo de “picar la torta” se reiteraría un acto simbólico de “parto” compartido junto con la familia y amigos, mediante el cual se estaría reafirmando la relación simbólica entre nacer, parir y cortar el cordón umbilical, concluyendo la relación simbiótica con la madre, para que mediante ese corte/separación del mundo uterino sea posible la emergencia del sujeto-persona al mundo de los otros.

En suma, los dos grandes momentos principales del ritual que constituyen el núcleo de la Fiesta del Cumpleaños, “tumbar la piñata” y “picar la torta”, contienen la semiosis de un mismo evento fundamental en la vida familiar y personal del cumpleaños: su nacimiento, puesto en escena y ritualizado de manera festiva en este tiempo-espacio de ruptura cotidiana, que siempre impone la fiesta.

“Comerse la torta”

Entregar un pedazo de la torta a cada uno de los convidados de la fiesta de cumpleaños para comerla en familia y/o con amigos, supondría un acto ritual de compartir simbólicamente el cuerpo del homenajeado que celebra su nacimiento, del cual habríamos perdido el sentido sagrado que este acto había tenido en sus orígenes y que el lento y largo proceso de secularización ha implicado transfigurar, adecuándolo a la lógica del sentido común contemporáneo moderno, banalizado, desacralizado, como la mayoría de las actividades cotidianas de la vida⁵. Ahora se trata de un “compartir” ameno, simpático, con el disfrute de una golosina que suele ser muy dulce, cremosa, suave y agradable al paladar y también, a menudo, suele ser confeccionada con chocolate. Substancias blandas, grasas, con alto valor energético que nos ponen en contacto con lo primitivo de la oralidad y nos conectaría con la materialidad básica del mundo, incorporada a nuestro propio organismo.

Así pues, “comerse la torta” significaría un acto ritual de comunión oral, cuya significación perdida, desleída, olvidada, sería la de incorporar el cuerpo simbólico del homenajeado tras haber salido del mundo orgánico indiferenciado de la madre, para individualizarse, convertirse en una persona: uno más del grupo humano que ya ha sido integrado a su familia, comunidad, pueblo o país.

IX. Epílogo

Al intentar comprender la significación latente de estos rituales festivos tan comunes, se amplía nuestra inteligibilidad sobre el sentido común y el mundo de la vida compartida con los demás. Así por ejemplo, emergen algunas posibles explicaciones a ciertas creencias populares del sentido común local sobre lo “pavoso” o de mal agüero (“mala suerte”), relativas a la incorrecta (o a la no celebración) del cumple-años. Tal es el caso de picar la torta y cantar el cumpleaños antes de la fecha de nacimiento: esto sería “pavoso” pues se estaría festejando un evento que “aún no ha ocurrido”, lo cual podría revertirse dramáticamente, pudiendo ocurrir algo nefasto al cumpleaños. Igualmente “pavoso” resultaría “dejar unas velitas sin apagar en la torta”, ello podría significar no apropiarse la Luz (“alumbramiento”) en el momento ritual de soplarlas o bien no tener fe en sí mismo ni en lo que se pide al Cielo/Dios. Lo “pavoso” siempre implica la ocurrencia de algo nefasto al cumpleaños. Recuérdese que vida y muerte son “dos ramas de un mismo árbol” y celebrar la vida supondría también (al mismo tiempo), alejar, protegerse y exorcizar la muerte. Por ello, festejar un cumpleaños antes de la fecha en que se “dio a luz” al cumpleaños (alumbramiento), correspondería a celebrar un tiempo de “oscuridad uterina”, antes de su nacimiento, cuando aún no era persona, lo cual evocaría “un tiempo de muerte”, justamente, algo que anunciaría la presencia del ave llamada “pavita”: de allí su condición “pavosa”.

Sin duda, todo lo hasta aquí dicho sobre la Fiesta de Cumpleaños, constituye una re-semantización contemporánea que resulta posible merced a las metanarrativas (Lyotard, 1994), disciplinarias que las ciencias sociales modernas han venido construyendo durante estos dos últimos siglos, en tanto “metáforas duras” acerca del mundo de vida que los humanos confeccionamos mediante nuestras múltiples prácticas cotidianas reales, simbólicas e imaginarias.

Notas

¹ Hasta la década de los ‘70-80 y todavía hoy, se observa que en pueblos/caseríos rurales y barrios populares de Venezuela, los cumpleaños infantiles son fiestas para toda la familia: adultos, jóvenes y niños. Empero, en el sector urbano de Puerto Ordaz, la fiesta de cumpleaños infantil es generalmente percibida como “exclusivamente” de niños, por lo que los padres de familias nucleares de clase media se abstienen de quedarse a disfrutar de esa celebración, tanto más cuanto

que a menudo no conocen personalmente a los padres del homenajeado. Se limitan a comprar un regalo para que su hijo(a) lo entregue, lo traen hasta la puerta de la casa en la cual se celebra la fiesta y, finalmente, vienen a buscarlo una vez concluida. Esta conducta se compadece con la invención moderna del “mundo de los niños” que tanto las disciplinas (pediatría, psicología, derecho, pedagogía, psico-análisis, etc.), como el mercado especializado, han venido confeccionando en tanto dimensión existencial específica de diversos grupos etarios que tendrían: gustos, necesidades, cualidades e intereses distintos, que sería preciso conocer y atender de forma adecuada. Inferimos que todo este “*background*” de saberes, conocimientos, propaganda e información socializados por los medios de comunicación social, forman parte de las “verdades obvias” del sentido común de muchos de estos padres contemporáneos.

² Es notorio que, a pesar de que la música casi siempre estuvo presente durante esta fiesta, nadie quiso bailar. Esto es tanto más curioso cuanto que, tradicionalmente, a los venezolanos les gusta mucho el baile y hasta hace apenas unas tres décadas, era impensable una fiesta si no había baile. Lo cierto es que en ninguna de las fiestas infantiles de cumpleaños a las que asistí en Puerto Ordaz la gente bailó. Ello parece indicar otro posible cambio importante en las formas rituales de esta fiesta familiar, al menos cuando se trata de niños.

³ En realidad, esta afirmación reduccionista no corresponde al complejo proceso bio-psico-afectivo que vivencia la madre quien, desde el momento en que sabe que está embarazada, comienza a construir imaginariamente a “su bebé”. Ello supone que normalmente, mucho antes de la formación biológica del feto, la madre y su entorno familiar más íntimo se ocupan de elaborar relatos e imágenes acerca del niño(a) que desde ya, ocupa un lugar real, simbólico e imaginario en el mundo de vida de dicha familia (Lacan, 1970; Laplanche et Pontalis, 1980; Ciampa, 1990).

⁴ Como una aparente digresión, cabe acotar que el humorista venezolano Emilio Lovera (*Youtube*, 2015), elabora una interesante reflexión crítica chistosa sobre las atractivas piñatas venezolanas, elaboradas en forma de personajes-ídolos-héroes que el niño ama y el conflicto afectivo-ético que, desde su infancia, el venezolano aprendería a manejar, al tener que “*caerle a coñazos a la piñata hasta romperla*”, ya que “...*el no quiere darle, pero tiene que hacerlo*”...: “*sus padres [y el grupo de niños] lo obligan*”...; experiencia que, a su juicio, explicaría en parte, lo contradictorio y ambiguo del comportamiento social de los venezolanos. Sin duda, el humor es una elaborada dimensión del saber discursivo que permite poner en evidencia elementos clave del sentido común, mediante metáforas, metonimias, hipérboles y otras figuras retóricas que propician la risa al representarnos de forma distinta o exagerada, hechos de nuestro mundo de vida cargados de un determinado valor que el chiste cuestiona o pone en crisis.

- ⁵ Comparable con otros rituales en los cuales se comparte también la corporeidad simbólica de un ser divino: como el acto cristiano de comulgar y tomar la hostia (“cuerpo de Cristo”), que los católicos, después de haberse confesado (y cumplida la expiación de los pecados veniales confesados ante el sacerdote), pueden entonces incorporar a su propia corporeidad: recibiendo la hostia consagrada de manos del sacerdote, dejándola disolver en su boca hasta que su materialidad sensible “desaparece” para ser incorporada orgánicamente a su propio cuerpo de creyente/fiel, que se consubstanciaría con el del Cristo redentor.

Referencias bibliográficas

- BALDWIN, S. 1914. *Tribes of the Northern Territory*. Cambridge Ed. London.
- BOAS, M. 1914. *Ethnology of the Kwakiutl*. XXXVth Annual Report of the Bureau American Ethnology, Tomo II, NY., Spingler: pp 1256-1283.
- CALLEJO, J. 2012. *Fiestas Sagradas*. Editorial Aladena. España.
- CIAMPA, A. da C. 1990. *A stória do Severino e a historia da Severina*. Ed. Brasiliense. Sao Paúlo.
- DEVLIN, W. 2007. “Historia de la Piñata”. Artículo en Línea (Disponible en: http://www.piñata.com/historia_de_la_pinata.html) [Consulta Abril 17, 2011].
- HOMOBONO, J. y JIMENO A. 2004. “Fiestas, rituales e identidades”. En *Revista Zainak*, 26, España, País Vasco: pp.13-29.
- HOMOBONO, J. 2004. “Fiesta, ritual y símbolo: epifanías de las identidades”. En *Revista Zainak*, 26, España, País Vasco: pp. 33-76.
- LACAN, J. 1970. *Ecrits*. PUF. París.
- LAPLANCHE, J. et PONTALIS, J.B. 1973. *Vocabulaire de la Psychanalyse*. PUF. París.
- LOVERA, E. 2015. “Show de Emilio Lovera”. Artículo en Línea (Disponible en: www.youtube.com) [Consulta Noviembre 05, 2015].
- LYOTARD, J-F. 1994. *La condición postmoderna*. Ed. Cátedra. Madrid.
- MAUSS, M. 1923-1924. *Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques*. eBook. Collection: “Les classiques des sciences sociales”. (Disponible en: http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html).
- MILLER, I. 2012. “¿Por qué celebramos los cumpleaños?”. Artículo en Línea (Disponible en: <http://imirmiller.blogspot.com/2012/04/por-que-celebramos-los-cumpleanos.html>) [Consulta Julio 12, 2013].